

# LA CRISIS MUNDIAL DEL AUTORITARISMO Y EL NUEVO ORDEN INTERNACIONAL

FRANCIS FUKUYAMA\*

Aunque el año 1991 se encuentra todavía en sus comienzos, estos no han sido auspiciosos. El 17 de enero, luego de que Irak se negó a acatar una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en la que se le ordenaba retirarse de Kuwait, las fuerzas estadounidenses, en conjunto con otros miembros de la alianza occidental, iniciaron un bombardeo aéreo sobre territorio iraquí. Pese a que hasta ahora los resultados de esos ataques iniciales han sido aparentemente positivos, es probable que el conflicto se extienda hasta transformarse en una costosa campaña terrestre, y en el futuro puede entrar en una escalada de imprevisibles consecuencias. Estos acontecimientos afectarán la situación política del Medio Oriente, y es posible que surjan nuevas formas de inestabilidad en una región que es económicamente vital para el bienestar de la mayoría del resto del mundo.

Al mismo tiempo que estallaba la guerra del Golfo Pérsico, las autoridades centrales de la Unión Soviética enviaron tropas a Lituania y a Letonia, y emprendieron ataques armados contra los gobiernos democráticamente elegidos de esas repúblicas. Estas medidas, destinadas a sofocar los movimientos independentistas en la región del Báltico, fueron adoptadas tras un período de cerca de dos meses durante el cual las fuerzas conservadoras de la URSS prepararon el camino para su retorno a la escena política, reemplazando a los arquitectos iniciales de la *glasnost*, de la *perestroika* y del “nuevo pensamiento”, como el ex ministro de asuntos exteriores, Eduard Shevardnadze. Los portavoces de la nueva Unión Soviética que ha estado emergiendo en el último tiempo son mayoritariamente oficiales del ejército y funcionarios de la policía, quienes han comenzado a imponer severas restricciones a la libertad de prensa en Moscú, y han recurrido una vez más a la “gran mentira” para referirse a los sucesos ocurridos en la región del Báltico. El Estado Mayor soviético ha anunciado tácitamente su intención de hacer caso omiso del recientemente suscrito Tratado sobre Fuerzas Convencionales en Europa;

\*Asesor del Departamento de Estado norteamericano.

asimismo, se ha postergado indefinidamente la cumbre entre Bush y Gorbachov programada para febrero último, y presumo que la represión impuesta a las repúblicas bálticas es sólo el principio de una serie de ataques contra los grupos de liberación en todo el territorio soviético.

Del mismo modo, se observan signos de una grave agitación en Europa Oriental. En la actualidad Yugoslavia se está precipitando hacia una guerra civil que promete ser cruenta y fratricida, y que tarde o temprano ocasionará su desintegración. Desde los momentos de euforia que se vivieron a fines de 1989, cuando cayó el muro de Berlín, los países de Europa Oriental otrora gobernados por regímenes comunistas han ido descubriendo gradualmente que la transición hacia la democracia y hacia la economía de libre mercado es inesperadamente difícil. En Bulgaria y en Rumania se ha comenzado a observar un clima de continua efervescencia política desde la caída de los anteriores gobiernos comunistas de línea dura. Además, todos los Estados de la región han sido sacudidos por el impacto combinado que produjeron la interrupción de suministro de petróleo subsidiado soviético, y el alza mundial en el precio del petróleo a raíz de la Guerra del Golfo Pérsico. Los efectos políticos implícitamente desestabilizadores de la austeridad económica quedaron de manifiesto durante las recientes elecciones presidenciales celebradas en Polonia, cuando un hombre que había vivido en el exterior durante muchos años superó al ex Primer Ministro Mazowiecki y casi derrotó al líder de Solidaridad, Lech Walesa, al ofrecer prosperidad sin dolor.

Por otra parte, luego de ocho años de constante expansión, la economía estadounidense se encamina progresivamente hacia la recesión, afectada por un sinnúmero de graves dificultades: fuera de los problemas ya conocidos relativos al déficit de la balanza comercial y del presupuesto federal, los Estados Unidos han debido afrontar el colapso de sus instituciones de ahorro y préstamo, además de inquietantes signos de debilidad en todo el sector bancario. Los precios de los bienes raíces han disminuido en todo el mundo, desde Londres hasta Nueva York, y desde Tokio hasta Los Ángeles. Antes del estallido de la Guerra del Golfo, en los indicadores económicos se advertía una tendencia a la baja y los gastos que demande este conflicto (incluso si son sufragados en parte por los aliados de los EE.UU.) provocarían un alza mundial en el costo del capital.

Estas son malas noticias, y si las analizamos en conjunto parecen indicar que la historia no ha finalizado sino que sigue su curso. En efecto, durante las últimas semanas muchas personas me han preguntado si yo había reconsiderado mi tesis sobre el fin de la historia. En 1989 todo hacía creer que el

mundo se encaminaba rápidamente hacia la paz y la democracia; en 1991 existe la impresión de que las antiguas fuerzas de la tiranía y la agresión están actuando nuevamente.

Es obvio que si definimos la historia simplemente como una sucesión de hechos, ella continúa avanzando. Sin embargo, yo he adoptado una perspectiva de mucho mayor alcance: la del filósofo G. W. F. Hegel. En este contexto la historia no consiste simplemente en hechos, sino que corresponde a un modelo aplicable a la evolución de las instituciones sociales y políticas del hombre, que considera toda la historia de la humanidad desde sus inicios en las sociedades tribales primitivas, pasando por las teocracias, monarquías y aristocracias, hasta llegar a los gobiernos democráticos contemporáneos. Una interrogante que he intentado plantear es si acaso dicho modelo existe, y si está orientado hacia un determinado objetivo. En particular, ¿existe alguna razón para pensar que está orientado hacia la democracia liberal y hacia las relaciones económicas capitalistas?

Durante los últimos 150 años la izquierda marxista nos ha dicho que la historia no estaba orientada hacia la democracia liberal, sino que la sobrepasaba y se dirigía hacia una sociedad socialista en la cual tanto el capitalismo como la propiedad privada serían abolidos, y en la cual el Estado se debilitaría. En el curso de ese período las principales luchas políticas del mundo han girado en torno al tipo de sociedad —democrática, comunista o fascista-autoritaria— en que deberíamos vivir. Me vi impulsado a sugerir que habíamos llegado al fin de la historia cuando la alternativa marxista fue finalmente desacreditada de manera concluyente y decisiva; este fenómeno adquirió especial intensidad en aquellas sociedades —la Unión Soviética, China y los países de Europa Oriental— donde se había intentado aplicar dicha doctrina. Por cierto que el fascismo había caído en el desprestigio como fuerza influyente en la historia del mundo después de la derrota de Hitler en la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, tal parece que hoy en día la historia está orientada en una sola dirección: la democracia liberal y el capitalismo, sobre la base de los principios de libertad e igualdad que inspiraron las revoluciones estadounidense y francesa.

Si aceptamos esta concepción de la historia, me parece que nada de lo que ha ocurrido en el curso de los últimos meses puede hacer variar la anterior conclusión. A pesar de Saddam Hussein y de las enérgicas medidas adoptadas contra las Repúblicas Bálticas, durante la generación anterior el mundo ha sido testigo de una crisis mundial del Autoritarismo, y de un resurgimiento a nivel internacional de las ideas e instituciones liberales. Dicha

crisis no se ha limitado al mundo comunista, sino que también ha afectado a las dictaduras de derecha. Aún cuando las dictaduras no han sido reemplazadas en todos los casos por democracias liberales, los ideales democráticos son los únicos que poseen una legitimidad generalizada y universal. Cercano ya el fin del siglo veinte, la democracia liberal es la única ideología que sobrevive intacta, y durante los años venideros definirá las opciones políticas en la mayor parte del mundo.

La crisis mundial del autoritarismo no se inició en Europa Oriental, sino en Europa Meridional. A partir de 1974, tanto Portugal como España y Grecia llevaron a cabo una transición exitosa hacia una democracia liberal estable, mientras que Turquía vivió durante un breve período bajo la ley marcial, y luego retornó a la senda democrática hacia 1983. Estos países habían sido considerados antaño las "ovejas negras" de Europa, supuestamente condenados por sus tradiciones culturales jerárquicas, católicas y autoritarias a permanecer al margen de la corriente principal de desarrollo de Europa Occidental. A pesar de lo anterior, los habitantes de estas naciones demostraron que tenían aspiraciones políticas y económicas muy similares a las de los franceses, británicos y alemanes, y eran perfectamente capaces de mantener instituciones democráticas viables.

Estas transiciones hacia la democracia observadas en Europa Meridional fueron el preámbulo de un número aún mayor de procesos similares ocurridos en Latinoamérica, de los cuales ustedes, por supuesto, están al tanto. Esta evolución se inició con el fin de doce años de régimen castrense en Perú en 1980. La guerra de las Falklands-Malvinas resultó ser un catalizador decisivo en la crisis del autoritarismo militar, y como resultado de ella los gobernantes militares de Argentina, Brasil y Uruguay abandonaron el poder. Hacia fines de la década, Paraguay, Chile e incluso Nicaragua habían celebrado elecciones democráticas.

Una crisis similar del autoritarismo afectó al continente asiático. Durante la década de los ochenta se produjo la caída de Ferdinand Marcos en Filipinas, y del General Chun en Corea del Sur. Fuese a que su sistema político no ha sufrido transformaciones radicales, Taiwán ha estado avanzando con paso firme hacia la democracia a medida que el viejo liderazgo Guomindang cede el paso a una generación de dirigentes más jóvenes e instruidos, y verdaderamente representativos del pueblo taiwanés. Por otro lado, el gobierno militar de Birmania se ha visto estremecido por movimientos de agitación en favor de la democracia.

La crisis del autoritarismo de izquierda se inició con las reformas agrí-

colas implantadas en China a comienzos de los años ochenta. El Partido Comunista chino, liderado por Deng Xiaoping, eliminó la colectivización de la agricultura, medida que permitió duplicar la producción de granos en cinco años. La economía china abrió sus fronteras a las influencias exteriores, y con esta apertura sobrevino la contaminación de "ideas liberales burguesas" que culminó en las protestas estudiantiles en la Plaza Tiananmen durante la primavera boreal de 1989. Aun cuando ellas fueron brutalmente reprimidas, los cada vez más ancianos líderes comunistas han perdido legitimidad ante los ojos de muchos de los miembros de la elite china, y particularmente de la generación más joven que tarde o temprano heredará el país. Es posible que los sucesos de la Plaza Tiananmen se transformen en la versión china de la revolución de 1905, la cual sería el preludio de un levantamiento en mayor escala y con mejores resultados.

También se puede afirmar que la *perestroika* en la Unión Soviética se debió a causas económicas, en vista de la incapacidad del sistema socialista para adaptarse a las necesidades de la era postindustrial. Con todo, el desastre económico fue sólo el catalizador de un fracaso mucho mayor en el intento de legitimar el sistema político en su totalidad. El pueblo soviético no había asimilado los valores socialistas a pesar de haber vivido setenta años bajo un régimen comunista (especialmente las repúblicas no rusas), y sentía un profundo descontento ante un sistema que le mentía y no respetaba sus derechos más elementales. Lo que le causaba particular irritación eran los privilegios de que gozaba la *nomenklatura* del partido, los cuales constituían una hipocresía, más aún en un país que dedicaba sus esfuerzos a lograr la igualdad. El marxismo-leninismo ha caído en un descrédito tan grande en la Unión Soviética que se puede afirmar sin temor a equivocarse que el antiguo sistema nunca será restaurado. Los conservadores que en el último tiempo han reaparecido en la escena política representan al ejército y a la policía, no al partido, y lo más probable es que cuelguen en su pared un icono en lugar de un cuadro de Lenin. A decir verdad, la Unión Soviética está comenzando a asemejarse más bien a una dictadura militar latinoamericana que al clásico estado totalitario. Al igual que la mayoría de las juntas militares, o que el régimen de ley marcial implantado por el general Jaruzelski en Polonia a principios de la década pasada, estos conservadores no tendrán la menor noción acerca de cómo solucionar los problemas subyacentes de la economía soviética, y caerán en el descrédito a medida que ésta continúe en una tendencia descendente.

Aquellos que pretenden imponer el autoritarismo en la URSS deben hacer frente a otro conflicto que no afecta a los chinos: el problema de la

nacionalidad. A estas alturas, la conciencia nacional ha progresado hasta el extremo de que a mi juicio la Unión Soviética se desintegrará inevitablemente; los conservadores partidarios de la federación que lleguen al poder en Moscú sólo podrían dilatar, pero no revestir este proceso. La desintegración nacional es una experiencia traumática, pero necesaria. Se podría aseverar de manera categórica que en atención a su actual configuración territorial, la Unión Soviética *no puede* democratizarse; si gozara del suficiente grado de libertad para ser considerada una democracia, se disgregaría de inmediato con arreglo a las tendencias nacionalistas. La desintegración de la Unión Soviética es una condición previa para su democratización. En el pasado esta nación se mantuvo cohesionada porque el grupo étnico predominante, los rusos, prefirió vivir bajo un imperio antes que gozar de su propia libertad. Pero esa actitud está cambiando. Una de las transformaciones más promisorias observadas en la década anterior es una evolución del nacionalismo ruso hacia el concepto de una "pequeña Rusia", donde la soberanía sobre los no rusos es vista más bien como una carga que como un derecho. Esta tendencia no sólo está representada por Boris Yeltsin, sino además por numerosos conservadores.

Para completar esta descripción de la crisis del autoritarismo de izquierda, tenemos que referirnos a Europa Oriental y a Nicaragua. Antes de 1989, muchos observadores occidentales creían que cierta forma de socialismo se había arraigado en prácticamente todos estos países, y que si se les permitía elegir no optarían por la democracia liberal ni por el mercado libre sino por cierta alternativa de tinte vagamente izquierdista que no era ni capitalismo ni comunismo. Las elecciones celebradas ultimamente en todas estas naciones otrora gobernadas por regímenes comunistas, han demostrado que esa opinión no era más que un mito, y que en ninguna parte el comunismo ha sido capaz de adquirir legitimidad popular. Tengo fundadas sospechas de que lo mismo está ocurriendo en Cuba, particularmente ahora que Fidel debe hacer frente a una disminución en los subsidios otorgados por la URSS.

Aparte de la crisis del autoritarismo político se ha producido una revolución no menos notable orientada hacia el liberalismo económico, con la cual los brasileños están muy familiarizados. Me parece que, luego del derrumbe del comunismo, el acontecimiento histórico más importante a nivel mundial del período de postguerra ha sido el milagro económico de Asia. En efecto, el desarrollo alcanzado por este continente en cierto sentido provocó la crisis final del comunismo, porque los chinos y más tarde los soviéticos fueron capaces de observar las experiencias de países como Taiwán y Corea del Sur, comparándolas con la situación de sus vecinos comunistas, y de extraer conclusiones obvias acerca del poder de los mercados libres. Los

países asiáticos, comenzando por Japón, pero sin incluir a todos los miembros de la ASEAN, han demostrado que el hecho de integrarse en un período tardío al proceso de desarrollo no supone absolutamente ningún costo para un país, siempre y cuando éste permita la competencia y la plena integración de su economía en el sistema capitalista a nivel mundial. En realidad, el hecho de haberse incorporado tarde al desarrollo le otorga a un país ciertas ventajas, por la sencilla razón de que puede adquirir la tecnología más avanzada en lugar de tener que crearla por sí mismo. Las experiencias de Alemania y de Japón, que durante el siglo XIX lograron alcanzar el mismo nivel de los países tempranamente desarrollados, fueron imitadas por Corea del Sur y Taiwán en el siglo XX.

Estas conclusiones se oponen a la *teoría de la dependencia*, la cual atribuía el subdesarrollo del Tercer Mundo al propio orden capitalista mundial, y afirmaba que el desarrollo tardío condenaba a los países a vivir en un subdesarrollo perpetuo porque las naciones tempranamente desarrolladas "cerraban" los mercados para los productos industriales. Las causas del subdesarrollo de América Latina deberán buscarse en otra parte. La conclusión a la que están llegando muchos latinoamericanos es que el problema no radica en el orden capitalista mundial, sino en el hecho de que, primeramente, en Latinoamérica nunca se llevaron a cabo experimentos capitalistas serios. Pues además de las tradiciones políticas jerárquicas y autoritarias de la contrarreforma española, gran parte de los países de la región heredaron la política económica mercantilista de la metrópoli. En el siglo XX, la tradición mercantilista de la derecha coexistió con las exigencias de "justicia social" formuladas por la izquierda para que se crearan sectores estatales con amplias facultades que inhibieran la creación de riqueza por parte del sector privado. Los principales Estados de América Latina, al igual que las naciones de Europa Oriental, procuran actualmente corregir esta modalidad de estatismo económico, y se ha producido una singular coincidencia de fuerzas políticas en el ascenso al poder de los presidentes Menem, Collor y Salinas. La primera etapa de este proceso, sin embargo, tiene que ser de naturaleza intelectual. La *teoría de la dependencia* impulsaba la política en una dirección absolutamente opuesta, al fomentar la protección de las industrias nacionales frente a la competencia del mercado mundial, por lo que su extinción sólo puede beneficiar las perspectivas de crecimiento económico para Latinoamérica.

En otras palabras, durante la generación anterior el mundo ha estado viviendo una revolución liberal tanto en el ámbito político como en el económico. Esta importante tendencia de alcance mundial no podrá ser revertida por los actuales acontecimientos del Golfo Pérsico, ni siquiera por lo oficiales

de ejército que pretenden restaurar el antiguo orden en la Unión Soviética.

Surge una interrogante en torno a las causas de la presente crisis mundial del autoritarismo. En primer término, ella puede explicarse en términos económicos. Los mayores niveles de industrialización contribuyen al surgimiento de lo que Tocqueville llamaba igualdad de condición social. En las economías modernas se requiere contar con un número cada vez mayor de trabajadores y ejecutivos instruidos. La democracia se sustenta esencialmente en la existencia de una clase media numerosa y floreciente, la que a su vez es el producto de un programa de escolarización total. Tanto la instrucción como el dinamismo del desarrollo industrial tienden a derribar las antiguas clases y relaciones sociales, y a reemplazarlas por otras más fluidas y modernas. Y a medida que emergen las sociedades de clase media, aumentan las demandas de participación democrática.

Si damos una mirada alrededor del mundo, notaremos que existe una estrechísima correlación entre un alto nivel de industrialización y la democracia liberal estable. Las regiones económicamente más avanzadas —Europa Occidental, Norteamérica y Japón— también poseen las democracias más duraderas y estables. Dentro de Europa y de Asia, aquellos países que se han industrializado en una época relativamente tardía —España, Portugal, los estados de la ASEAN, etc.—, también fueron los últimos en democratizar sus sistemas políticos. Los países avanzados de Latinoamérica, que se encuentran en un nivel de desarrollo similar o ligeramente inferior al de Europa Meridional, están transitando hacia la democracia de manera casi simultánea; si la estabilidad política parece menos segura en Argentina o en Brasil que en Portugal o en Grecia, lo propio ocurre con sus perspectivas económicas, como lo demuestra la crisis de la deuda externa. Por otro lado, en África, el continente más pobre, no existe ningún gobierno democrático. No por casualidad cuando China y la URSS llegaron a una etapa de madurez industrial en ambas naciones se comenzaron a ejercer presiones en favor de reformas democráticas. Al parecer en el Medio Oriente se observa el único caso anómalo dentro de este panorama general, pues allí es posible encontrar países con altos niveles de vida, donde sin embargo la democracia prácticamente no existe. El motivo que explica esta situación puede encontrarse en el petróleo, o en el hecho de que el desarrollo económico se basa más bien en los recursos naturales que en el capital humano.

Si bien es cierto que el desarrollo económico puede crear las condiciones para la democracia, no permite explicar su surgimiento como tal. Los Estados



Unidos fueron una democracia mucho antes de su industrialización, y hay países como Costa Rica e India que han mantenido instituciones democráticas saludables a pesar de ser relativamente pobres. A la inversa, muchos países industrialmente avanzados no han sido democráticos, como la Alemania nazi. Para comprender las aspiraciones democráticas debemos remontarnos más bien a las ideas de Hegel que a las de Marx, y buscar una motivación absolutamente ajena a la economía: el deseo humano de *reconocimiento*. Los habitantes de Alemania Oriental, Polonia, Corea del Sur o Argentina no desean la democracia sólo porque creen que ella les permitirá hacerse ricos. Aun cuando en ocasiones ésta ha sido una motivación, la prosperidad sin libertad siempre ha sido una opción. Antes bien, estas personas anhelan la democracia porque procuran reafirmar su valor y su dignidad como seres humanos, los cuales adquieren cuando se les conceden derechos democráticos. Vale decir, anhelan ser tratados como *adultos* capaces de pensar por sí mismos y de disponer de sus propias vidas. En contraste, los autoritarismos de toda índole tratan a sus ciudadanos como a niños que no saben lo que más les conviene y tienen que ser guiados por un estado paternalista. Conforme las personas tienen acceso a una mejor educación y adquieren mayor conciencia de su dignidad como seres humanos, empiezan a comprender que, en términos generales, los gobiernos no son más sabios que ellas, y que el autoritarismo constituye una forma de *aceptación irracional*. Me parece que si se analizan cuidadosamente todas las recientes transiciones a la democracia desde regímenes autoritarios durante el último cuarto de siglo, sin importar dónde hayan ocurrido, se advertirá siempre una lucha similar por lograr un reconocimiento.

Quisiera referirme brevemente a las repercusiones de esta crisis del autoritarismo en las relaciones internacionales. El gobierno de Bush ha aludido frecuentemente a un "nuevo orden mundial" que surgirá como resultado del actual conflicto del Golfo Pérsico. Lo que se quiere dar a entender con esto, a mi juicio, es que a raíz de la enérgica respuesta de Estados Unidos y del mundo frente a la invasión de Kuwait por los iraquíes, los futuros dictadores que sigan el camino de Saddam Hussein serán disuadidos de cometer actos de esta naturaleza. Por añadidura, durante esta crisis se pusieron en práctica muchos instrumentos políticos de nuevo cuño que demostraron poseer una inesperada eficacia, concretamente el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La intervención de la ONU en un conflicto grave como la crisis del Golfo Pérsico, en el que estaban en juego asuntos de seguridad, fue posible gracias a un grado de cooperación sorprendentemente alto entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, que en lugar de actuar como antagonistas y rivales aunaron fuerzas para hacer frente a la agresión iraquí.

Dentro del "nuevo orden mundial" todos estos factores continuarán operando para hacer del mundo un lugar más pacífico y respetuoso de la ley.

Creo que tales sentimientos son sumamente nobles, pero miro con escepticismo la posibilidad de que la actual crisis del Golfo Pérsico traiga consigo esos resultados. Es cierto que la guerra ha establecido un precedente, al afirmarse que en el futuro la comunidad occidental no permitirá que una agresión territorial flagrante quede impune. Sin embargo, la capacidad de los Estados Unidos para involucrarse en lo sucesivo en esta suerte de intervencionismo se verá limitada por razones presupuestarias y psicológicas, incluso si desde nuestra perspectiva el desenlace del conflicto es favorable en términos militares. Y en caso de que la guerra se prolongue y provoque una gran cantidad de bajas en las filas norteamericanas, dentro de cierto tiempo la opinión pública estadounidense criticará agriamente el intervencionismo en el extranjero. Es más, no estoy seguro de que la lección que los dictadores aprenderán como consecuencia de este conflicto sea no cometer actos de agresión, sino más bien comprar mayores cantidades de concreto y construir sus *bunkeres* a profundidades aún mayores. Los avances tecnológicos exhibidos en esta guerra bien pueden estimular la demanda de misiles móviles, de defensas contra misiles antitácicos, o incluso de armas nucleares como medio de ahorrarse la necesidad de adquirir todas las costosas tecnologías convencionales desplegadas por los estadounidenses.

Tampoco estoy convencido de que las Naciones Unidas o la cooperación soviético-estadounidense vayan a ser fuertes duraderas de seguridad internacional. La ONU, hay que reconocerlo, actuó mejor de lo que muchos esperaban, al aprobar trece resoluciones de condena a la agresión iraquí. Empero, este caso era tan flagrante, y el gobierno de Bagdad se encontraba tan aislado internacionalmente, que la respuesta del resto del mundo casi no produjo sorpresa. Es muy probable que los futuros casos de "agresión" tengan connotaciones morales y políticas mucho más ambiguas, y por tanto sea muy difícil llegar a un consenso similar en el seno del Consejo de Seguridad. Por otra parte, la cooperación soviético-estadounidense estará mucho más supe- ditada a los acontecimientos internos en las URSS. No creo que, en la eventualidad de que las fuerzas conservadoras asuman el poder en la Unión Soviética, éstas vayan a restaurar completamente la política exterior aplicada antes de 1985, con su apoyo a los movimientos de liberación nacional de inspiración marxista-leninista en todo el Tercer Mundo. No obstante, si retornan a Moscú los conservadores autoritarios la Unión Soviética estará menos dispuesta a esforzarse por cooperar con los Estados Unidos, a diferencia del año pasado, cuando aún estaba en funciones el ex ministro de asuntos exte-

riores, Eduard Shevardnadze. La política de colaboración con los estadounidenses en la Guerra del Golfo impulsada por éste recibió duras críticas de parte de los conservadores en Moscú, y fue uno de los factores que condujeron a su renuncia en diciembre último.

Ahora bien, ¿cuál será, entonces, el contexto del “nuevo orden mundial”? En mi opinión, el nuevo orden que está emergiendo no será establecido de manera activa ni por los Estados Unidos ni por ninguna otra nación; antes bien, estará constituido por las fuerzas internas de tipo político y económico que determinan el carácter de los regímenes en todo el mundo. En las naciones desarrolladas se observa un creciente grado de integración económica, y un consenso cada vez mayor en torno a las instituciones políticas.

A pesar de Saddam Hussein, la crisis mundial del autoritarismo inevitablemente dará lugar al surgimiento de un orden internacional más pacífico; lo anterior queda demostrado si tenemos en cuenta un hecho empírico digno de destacarse: las democracias liberales no luchan entre sí. Michael Doyle, cientista político estadounidense, ha señalado que durante los doscientos o más años de existencia de estas democracias, no se conoce un solo caso en que hayan luchado entre sí. Por su parte, los gobiernos autoritarios de todo tipo sí son capaces de luchar mutuamente entre sí, en tanto que las democracias liberales están dispuestas a combatir contra los regímenes no democráticos; ambas posibilidades han quedado de manifiesto actualmente en el conflicto del Golfo Pérsico. Pero a dichas democracias les resulta muy difícil librar guerras contra países cuya legitimidad respetan, y con los cuales las unen vínculos económicos. Así, pues, en la medida en que las naciones más grandes y poderosas del mundo realicen una transición gradual hacia la democracia, se está creando una “zona de paz” natural.

El tamaño de dicha “zona de paz” es, por cierto, limitado en nuestros días; de hecho, el mundo puede ser dividido entre lo que he llamado zonas “históricas” y “posthistóricas”. La zona “posthistórica” incluye a países que han logrado cimentar una democracia liberal estable, con un crecimiento económico orientado hacia el mercado. Las normas que regirán los vínculos entre estos países serán de carácter más bien económico que militar o estratégico. Es decir, sus relaciones mutuas no estará supeditadas a la normas tradicionales de la política de fuerza, sino a una serie de acuerdos legales y políticos que constituirán un régimen de derecho internacional (dicho sea de paso, la interdependencia económica no es un fenómeno del todo positivo, pues además de bienes y servicios los países pueden exportar el deterioro del medio ambiente, el crimen, las drogas y otros problemas sociales).

En contraste, el área "histórica" del mundo estará compuesta de estados autoritarios y postautoritarios —Irak es un ejemplo excelente—, para los cuales aún están en vigencia las antiguas normas de la política de fuerza. Dichos estados continúan luchando entre sí por obtener poder y recursos. Al evaluar el poder alcanzado lo harán de acuerdo con magnitudes utilizadas tradicionalmente para determinar los recursos y la capacidad militar.

Los mundos históricos y posthistóricos se cruzarán en varios ejes durante los próximos años. El primero es el petróleo, el único producto originario del mundo histórico cuya propiedad está concentrada en manos de unos pocos países, hasta el extremo de que cualquier trastorno que afecte su suministro puede causar enormes penurias económicas en el mundo posthistórico. Ese es el trasfondo de la actual crisis del Golfo Pérsico.

El segundo, y menos reconocido, eje de interacción, lo constituyen los refugiados. Cada vez son más las personas que pretenden abandonar países pobres e inestables para radicarse en naciones ricas y estables. Los casos de la emigración norafricana hacia Europa y de la emigración mexicana hacia los Estados Unidos son bastante conocidos. En el futuro esta tendencia se intensificará aún más. Por citar dos ejemplos, ambas mitades de Europa se están preparando para recibir una oleada de inmigrantes de la Unión Soviética como consecuencia de los problemas económicos y políticos que afligen a esta nación. Y a medida que nos acerquemos a 1997, un creciente número de chinos huirá desde Hong Kong si no se introducen reformas fundamentales en el régimen de Beijing. Estas migraciones tendrán grandes repercusiones en los países anfitriones y permitirán asegurarse de que el mundo posthistórico no se desentienda del mundo histórico.

El último eje de interacción es la proliferación de tecnologías peligrosas. La Guerra del Golfo ha servido para demostrar que en lo sucesivo será cada vez más difícil frenar los conflictos regionales a medida que aumente el alcance y la capacidad destructiva de las armas modernas. La tecnología de producción de armas avanzadas ha proliferado al mismo tiempo que se alcanza el desarrollo económico; hoy en día, países como Brasil, Israel y Sudáfrica se han convertido en importantes abastecedores de complejas tecnologías militares. Aun cuando es imposible detener esta proliferación en última instancia, si es factible disminuir substancialmente su intensidad mediante los esfuerzos coordinados de los países proveedores, la mayoría de los cuales se concentra en la región posthistórica del mundo.

Inicié este artículo señalando que el año 1991 no había comenzado de manera auspiciosa. Sin embargo, me parece importante que seamos capaces

de distinguir entre las condiciones de largo plazo y las condiciones transitorias. La crisis mundial del autoritarismo y la enfermedad incurable que padece el comunismo son experiencias que modificarán durante muchos años más la fisonomía de la política mundial en un sentido positivo. El Irak de Saddam Hussein no es más que una nota al pie de la página dentro de una cadena de acontecimientos más trascendentes. Él no representa una idea o una tendencia de gran significación que vaya a perdurar después de su muerte. Pese a que es dable esperar el surgimiento de un alto grado de inestabilidad en la Unión Soviética y en regiones de Europa Oriental, son estos los inevitables resultados del colapso de un gran sistema social. Cuando los antiguos imperios, como el de los otomanos o el de los Habsburgo, se derrumbaban, las repercusiones políticas seguían sintiéndose durante varias décadas. Pero esta inestabilidad será una situación más bien transitoria que permanente. Aunque esto no es un gran consuelo para las personas que tienen que vivir en esa parte del mundo, deberíamos tener en cuenta que el tipo de orden político que a la postre florecerá en las regiones europeas de la Unión Soviética y en Europa Central permitirá abrigar por primera vez en la historia de estos pueblos la esperanza de contar con un gobierno democrático y respetable.

Pese a que hoy en día los titulares de los diarios continúan plagados de noticias relativas a conflictos e inestabilidad, nosotros que vivimos en el área posthistórica del mundo debemos recordar que en nuestro caso las antiguas prácticas de la política de fuerza y de la lucha nacionalista están desapareciendo de escena rápidamente. El proceso de integración económica está permitiendo que el mundo posthistórico evolucione raudamente hacia la homogeneización. Durante dicho proceso, será la capacidad de las naciones para mantener su prosperidad económica y su competitividad la que determinará el lugar que ocupen dentro del nuevo orden mundial. Esos serán los problemas que absorberán nuestro interés durante la próxima generación.